

El Salvador proceso

informativo semanal

Año 17
número 749

marzo 12
1997

ISSN 0259-9864

centro universitario de documentación e información

- Falsos profetas de la verdad
- La izquierda armada salvadoreña en las décadas de los 70 y 80: un debate pendiente
- Implicaciones de la privatización de la energía eléctrica
- Campaña electoral, desconfianza e interés
- Un proceso fraudulento
- Pensando en los derechos humanos: ¿por quién votar?

Campaña electoral, desconfianza e interés

Si algo han dejado en claro las encuestas de opinión pública realizadas en el transcurso de esta campaña electoral es que, por primera vez en mucho tiempo, no está claro cuál puede ser el resultado de las elecciones de 1997. Esto es válido no sólo en términos de los posibles ganadores de las elecciones sino que también en términos de participación electoral ciudadana. Ciertamente, las investigaciones del Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) han demostrado la creciente falta de confianza y credibilidad de la población en el sistema político y en sus instituciones — escepticismo que ha llegado a su nivel más bajo en la historia contemporánea salvadoreña —, de tal manera que las elecciones en cuestión deberán desarrollarse sobre un ambiente de poca confianza incluso acrecentada por la manera en que ésta se ha desarrollado. Sin embargo y de manera peculiar, este proceso electoral ha estimulado cierto nivel de interés por parte de la población, una actitud que, en el pasado y sobre todo en las elecciones de 1994, siempre estuvo vinculada a la confianza en el proceso. En el presente, los salvadoreños muestran un interés y curiosidad por el proceso que no es del todo coherente con su nivel de confianza respecto de la transparencia y utilidad de los comicios. Los sondeos de opinión pública sugieren que la causa de esto se puede encontrar en la percepción misma que tiene la población sobre el resultado de las elecciones. A diferencia de los sufragios de 1994 y 1991, los salvadoreños no pueden prever o adelantar con facilidad quién será el ganador de las elecciones. En el pasado, para muchos salvadoreños estaba claro el vencedor de las elecciones por efecto de las encuestas de opinión pública y por las demostraciones de fuerza del partido gobernante; ello provocaba entre otras cosas que, ya sea por consentimiento tácito o por sentimiento de impotencia para

cambiar las cosas, muchos electores decidieran no asistir a votar.

Las campañas en el pasado se asemejan a un partido de fútbol en el cual de antemano se sabe que un equipo es lo más cercano a un “equipo de ensueño” y el otro equipo, sin ser malo, no podía ser comparable al nivel del primero; a este tipo de partidos asisten sólo los fanáticos de cada uno de los equipos y algunos que disfrutaban del juego por sí mismo, pero muchos otros — los aficionados casuales — se quedan en casa para ver el partido por televisión porque están seguros que su presencia no tendrá efecto en los resultados del evento. La presente campaña, por el contrario, se parece más a un partido en el cual los dos equipos se plantean con iguales niveles de capacidad técnica — aunque uno tenga más recursos y un atractivo grupo de porristas — y el partido definitorio se plantea muy interesante; a esta contienda, entonces, asisten muchos más aficionados que, a pesar de las dudas que mantienen sobre el cuerpo arbitral, están seguros que disfrutarán de un buen espectáculo y que piensan que su asistencia en las graderías puede tener efecto en los resultados a favor de un equipo u otro.

Así, lo que está sucediendo en la campaña electoral salvadoreña tiene divididos los pensamientos de muchos electores. Por un lado, los votantes no terminan de encontrar las garantías suficientes de que éste, a diferencia de los anteriores, sea un proceso transparente y en el cual se respetarán a cabalidad las reglas del juego — de hecho, a juzgar por los sucesos en la campaña, mucha gente ha visto reforzada su hipótesis sobre la falta de ética en el proceso —; pero además, muchos ciudadanos no están convencidos de que estos sufragios vayan a significar un cambio en el quehacer político a favor del mejoramiento del país o que vayan a ser útiles para la construcción de una so-

ciudad menos caótica. Sin embargo, por el otro lado, muchos de estos ciudadanos también perciben que ahora, más que nunca, sí existe la posibilidad de influir en los resultados electorales a partir de la propia participación y tienen la presunción — una idea no tan clara — de que dicho cambio podría significar una oportunidad de modificar el rumbo del país; de tal manera que han seguido con interés inusual la manera en que cada partido ha tratado de vender su proyecto político. En el fondo, muchos salvadoreños están debatiendo intensamente si asistir a votar o no con sus sentimientos encontrados de duda, escepticismo, esperanza, curiosidad e interés.

Paradójicamente, la campaña electoral desarrollada por los partidos políticos y por el Tribunal Supremo Electoral no ha servido para resolver ese dilema del público. Por el contrario, las estrategias electorales para invitar a la gente a participar parecen haber servido sólo para incrementar los sentimientos ambivalentes. Por un lado, la campaña ha demostrado a muchos ciudadanos lo lejos que está aún la clase política salvadoreña de llegar a la contienda “sin clavos en sus botines” o sin intentar “comprar al árbitro”;

ello sólo ha reforzado la desconfianza popular en ellos. Pero por otra parte, la dinámica desesperada por inclinar una balanza oscilante hacia el propio lado, ha confirmado lo cerrado de la contienda y ha hecho que algunos ciudadanos sigan con interés la contienda electoral con todo y sus golpes bajos y su ausencia de propuestas.

La campaña electoral ha creado, además, una imagen de la realidad distinta a la que ha predominado en los últimos años: con todo y el descrédito de la política, los estrategas han logrado que los salvadoreños estén hablando de política y no de delincuencia o economía; y en esto, los políticos han logrado finalmente imponer su agenda — algo que no hicieron en estos tres años — sobre la agenda de los medios, los cuales se han olvidado parcialmente de la agenda de la población.

Sólo el día de las elecciones podrá saberse con cierto nivel de certeza lo que pudo más en la mente de los electores salvadoreños: la campaña propagandística con su falta de propuestas y su guerra sucia, la desconfianza en un sistema que no parece ya legítimo o el renovado interés por reivindicar un proyecto.

Interés de los salvadoreños por emitir el sufragio

